

LIBRO ULTIMO.

EL SACRIFICIO.

CAPITULO I.

La Cruz á cuestas.

Juan el evangelista, aunque semidesmayado por el dolor, presenci6 todas las escenas que llevamos descritas, desde el punto en que hizo la segunda relacion á la inconsolable Madre, de los tormentos atroces que los enemigos de Dios descargaban sobre el Hijo del Altísimo.

El discípulo amado se hallaba, pues, en la plaza del pretorio, cuando el pueblo de Jerusalem pedia á Pilatos la crucifixion del Redentor del mundo; cuando los descendientes de Jacob echaban sobre sí, y llamaban sobre sus hijos la sangre del Justo por excelencia. En aquel terrible y pavoroso momento pensó Juan perder la vida, porque amaba entrañablemente á su patria, y temia con gran fundamento que aquella espantosa maldicion seria oida por el Altísimo. El amor que profesaba á María dióle fuerzas, y permaneci6 aun en la plaza, hasta el momento en que el

inícuo juez dictó la sentencia, y la hizo leer al pueblo amotinado.

Entonces exhalando un suspiro, por el cual parecia querérsele escapar el alma, con los ojos arrasados en lágrimas, y el corazon hecho pedazos, encaminó sus vacilantes pasos hácia la casa del noble y generoso Marcos, donde sabemos que esperaba la dolorida Virgen y Madre.

La situación del tierno y amante Juan es difícil de referir, y la dejamos á la buena penetracion de nuestros amables lectores. Iba á dar la terrible noticia á la Madre mas digna y mas infeliz de cuantas madres habian existido; iba á desgarrar el corazon mas noble, mas digno, mas tierno de cuantos corazones han latido dentro del pecho de una criatura. Por su parte Juan amaba con todas las fuerzas de su alma al divino Mártir, y á la Mujer que lo llevara en sus entrañas.

Cuando llegó á la casa de Marcos, la preocupacion de Juan era como daria á la Virgen de los dolores la horrenda, la tristísima nueva. Deseaba herirla lo menos posible, pero por mucho que trabajaba en combinar una fórmula para revelarle la verdad de lo que acontecia, no sabia dar con aquella fórmula, porque era del todo imposible.

Y así perplejo y dolorido; sin poder desplegar los labios; con los ojos anublados por el llanto, y la faz cada- vérica y desencajada, penetró en la habitacion donde las santas mujeres se agrupaban en torno de María, sino para mitigar su inmensa pena, al menos para compartirla con ella.

La Virgen Madre, que durante toda su vida solo habia tenido una idea fija, y esta era su adorado Hijo, y los divinos propósitos que le impulsaban, esperaba á Juan con verdadera inquietud, porque deseaba saber noticias de Je-

sucristo, y cuando le vió entrar en la sala, sacudió de improviso el marasmo en que sumergida la tenia el dolor, y precipitándose hácia el amado discípulo, hácia el sobrino que tan tiernamente queria, cogió entre las suyas las manos trémulas del que acababa de entrar, y poniendo en él los ojos con una inimitable espresion de súplica, con voz dulcísima, arrebatadora, pero mas triste que el llanto de la viuda, dijo:

—Hijo mio; ¿qué es de mi Dios?

El amado discípulo, que con gran dificultad podia contener los torrentes de sus lágrimas, al oír aquella pregunta y aquella voz amada, no pudo ahogar por mas tiempo el llanto. Y esta fue la única contestacion que pudo dar á su afligida interlocutora.

Sus gemidos prendieron en todos los pechos allí presentes, porque todos temieron lo que significaba el desconsuelo profundo, de que Juan tan evidentes muestras estaba dando. María empero no se satisfacía, y aun cuando estaba temiendo lo que sus amadas y fieles compañeras temian, quiso conocer la verdad, y dando un tierno y afectuoso apretón á las manos trémulas de su sobrino, con voz mas angustiada y suplicante, le dijo:

—¿Se halla condenado á muerte ya, el que es el Autor de la vida? ¿Los hombres ingratos condenan al suplicio á quien ha venido para redimirles?

Juan callaba, pero sus sollozos eran mas profundos, mas abundantes sus lágrimas, mas evidente su desconsuelo. De aquella manera tácita respondia á las preguntas de la mas buena de las mujeres, porque el pobre no podia hacerlo por medio de la palabra, por haber el dolor formado un nudo en torno de su garganta.

La Virgen dolorosa prosiguió apretando mas tiernamen-

te las manos de su hijo adoptivo, mientras que dos lágrimas, esencia de la amargura de su alma, titilaban en sus hermosos ojos tristes:

—El que era la alegría de mi alma, el que daba regocijo á los cielos con su hermosura; ¡la divina Flor de mi seno ha sido condenado al patíbulo, como si fuera un criminal?

—¡Sí!

Juan no pudo articular otra palabra, y este monosílabo dejóle sin fuerzas, y despues de haberlo pronunciado, pensó que iba á morir.

Un grito débil, lastimero, desgarrador; grito por el cual parecia exhalarse todo el mas tierno amor, toda el alma de una madre, resonó en la habitacion.

María caía de rodillas postrada en el suelo, plegaba sobre su casto y desgarrado pecho las inmaculadas manos, y elevando los ojos arrasados en lágrimas al cielo, con voz desmayada exclamó:

—Con estas manos le mecí suavemente en la cuna; mis ojos lloraban de ternura al contemplarle tan bello, y pensaba que era yo la mujer mas dichosa de la tierra, oyendo las palabras que salian de sus labios amados. Cuando bebía el licor de la vida en mi indigno pecho; cuando le contemplaba dormido y sonriendo á los ángeles; cuando lo apretaba sobre mi indigno corazón, pensaba morir de felicidad, pero siempre el recuerdo del vaticinio de Simeon, venia á desgarrar mi pecho, y á conturbar mi dicha. Padre mio, así como entonces te lo ofrecia por la salud de los hombres; así como entonces renunciaba por la redencion de los mortales, á todos los derechos que la maternidad me concedia sobre él, ahora que ha llegado el momento solemne, te repito el mismo ofrecimiento... ¡Qué

el sacrificio se consuma! ¡Ya sé que he de salir con el corazón despedazado; ya sé que traspasará mi pecho la espada del dolor, pero, Padre mio, dame fuerzas para que no desmaye; dame fuerzas para enviar una mirada compasiva al Hijo de mis entrañas agonizante, y yo daré por bien empleadas mis aflicciones y congojas, si con mi compasión y fidelidad, puedo hacer mas dulces los tormentos de su última hora. Y cuando vuela á tí el espíritu divino de mi Hijo, una vez terminado el holocausto sangriento, aun la pobre Madre quedará abrazada á la cruz, para rogarte que aceptes la ofrenda que mi corazón te hace; para suplicarte que tengas compasión de los pobres pecadores!...

La resignada Madre exhaló entonces unos suspiros profundísimos... ¿Quién podrá referir lo que en silencio su corazón noble y desgarrado decia á Dios en aquel momento?

Poco despues se levantó resuelta. Una idea solo le animaba. Esta idea era la de ofrecer á Dios el sacrificio de su Hijo, en compañía del sacrificio, que por la espacion de los pecados de todo el mundo, iba á ofrecer de sí mismo el Redentor de los hombres.

— ¿Dónde vais, Señora? — preguntóle con voz mojada en llanto la fiel Magdalena, colocándose al lado de María.

— Van á inmolar al que ha redimido tu alma, Magdalena. ¿Tienes valor para seguirme?

— Lo tuve, ¡ay de mí para pecar!... ¡Oh! sí; lo tendré tambien para acompañaros, Madre mia. Indigna soy, lo sé, de hallarme á vuestro lado, junto á la cruz, donde el Inocente espíará mis pecados por mí, pero él ha tenido la bondad de aceptar mis ofrecimientos, y ¡vos tan pura no desdeñáis los brazos de Magdalena la pecadora, para que

os sostengan, cuando el dolor quite las fuerzas á vuestro cuerpo atribulado.

— ¡Hija mia! Noble hija mia, gracias te da esta pobre Madre, por la caridad que tienes con ella y con su inocente Hijo.

Despues reclinándose en los brazos de la dichosa pecadora, y rodeada de las santas mujeres, y caminando al lado del dolorido y trastornado Juan, dirigiéronse hácia la calle, para acompañar llorando al que todos maldecian; al que muriendo levantaba la maldicion primitiva, que pesaba sobre la tierra.

Y el afligido cortejo situóse en una esquina, no léjos de la puerta de la ciudad, llamada *Judiciaria*, porque por ella pasaban los reos de muerte, en el acto de ser conducidos al lugar del suplicio.

¿Qué sucedia, mientras tanto, en la casa de la iniquidad, que se llamaba el palacio del Pretor? Veámoslo.

No bien Pilatos hubo promulgado la horrible sentencia de muerte que hemos visto, cuando presa de una turbacion, de un temor, de un remordimiento incomprensibles, encerróse en su cámara, y no quiso recibir á nadie, ni á su esposa Claudia, que lloraba á la vez la infame muerte del Inocente que tenia por el Hijo de Dios; los males y maldiciones que se le habian anunciado en el sueño que caerian sobre su casa, si llegaba á consumarse la iniquidad, y hasta tal vez lloraba tambien el desaire que de Pilatos recibiera con aquella infame sentencia, desaire tanto mas sentido por Claudia, cuanto por una parte Pilatos todo se lo debía á ella, y por otra creía ser amada entrañablemente de su marido, á quien no pidiera otra cosa mas que justicia para el Inocente.

Pero dejando este cuadro á la consideracion de nuestros lectores, nos trasladarémos al patio del pretorio, donde la inocente, la mas noble de las víctimas ruega al Padre celestial se digne aceptar el sacrificio cruento que le va á ofrecer con su vida, para la espiacion de los pecados de la humana raza. ¡Ah! aquel divino corazon, encendido mas y mas en amor, cuanto mayores son los tormentos que le oprimen, y mas espantosa la perspectiva de los martirios que le esperan; aquel noble corazon tan enamorado, decimos, no encuentra dentro de sí mas que afectos enamorados, no halla en sí mas que deseos de perdonar, no arde en otras aspiraciones que en las de abrazar á sus enemigos y verdugos, para poderles dar la eterna bienaventuranza, en cambio de la horrible muerte que le preparan.

Aquel noble y generoso corazon no arde en deseos mas que de perdonar, y si un suspiro profundo se escapa de su pecho conturbado; y si una lágrima amarga brotando de sus ojos resbala por sus mejillas ensangrentadas, es porque tiene la evidencia de que los desdichados que le maltratan en provecho de la humanidad, no se aprovecharan del precio de la divina sangre, en uso de la libertad que para salvarse les ha concedido el Eterno. ¡Ah! ¡cuánto mas amarga que la misma muerte que le espera, es esta consideracion para el enamorado pecho del Redentor!

—Siquiera;—esclama suspirando;—siquiera tantos dolores no fuesen padecidos en balde; siquiera estos mismos tormentos no se levantaran á deponer en el dia del juicio, contra aquellos que no los hayan querido aprovechar en beneficio propio! ¡Yo muero por todos, y no todos se salvarán!... ¡Oh criaturas amadas! ¡cuán mal uso haréis de la libertad y de los medios, que para salvaros Dios os ha

puesto en las manos!... ¿Qué mas podia hacer por vosotros, que no lo haya hecho vuestro Redentor?

Y Jesús volvió á suspirar, mientras que otras dos lágrimas rodaban silenciosas por sus divinas mejillas. Aquellas lágrimas vertidas para los verdugos, no eran entendidas por estos; no eran interpretadas en otro sentido que en el del miedo y temor á la muerte.

Mientras tanto los soldados del pretorio despojaban á Jesús del manto de púrpura, quitaban de sus manos el cetro de caña y las cadenas que las tenian amarradas, y con burla y universal chacota, poníanle de nuevo los vestidos propios, y le dirigian groseros sarcasmos, haciéndole blanco de crueles tratamientos.

El jefe de los lictores no se estaba con las manos cruzadas, y disponia las cosas de modo que la ejecucion pudiese llevarse á cabo dentro de poco tiempo, tal como en la sentencia dicha ejecucion estaba ordenada. Al efecto sacó tres cruces, escribió en unas tablillas de madera blanca las causas de los tres seres que iban á recibir la muerte enclavados en una cruz, y cuando todo lo hubo dispuesto y ordenado, colgó del cuello de Cristo, por medio de un cordel, la infame sentencia que en el último capítulo del libro anterior hemos leído.

Aquella sentencia venia á caer sobre el pecho del divino Redentor, y se inclinaba naturalmente hácia la parte donde latia el corazon de Dios enamorado de los hombres: aquella sentencia decia á la humanidad:

—Yo cargo con la pena que tus pecados merecen; yo quiero morir la muerte de los criminales, para que tú vivas la vida eterna de los justos. Viendo esta sentencia descansar sobre mi corazon, ¿podrás nunca dudar del amor que tu Dios te profesa? Voy contento á la muerte mas cruel

é injusta, á trueque de que tú vivas eternamente dichoso en el seno del Altísimo tu Criador, y en el corazón del Verbo tu Redentor.

El jefe de los lictores, como quien está muy acostumbrado á ejercer aquel repugnante oficio, en breve todo lo hubo dispuesto. Entonces un piquete de la guardia del pretorio dirigióse á la fortaleza Antonia, para hacerse cargo de los dos reos, que por ladrones y asesinos, debían ser crucificados á la diestra y á la izquierda del Salvador del mundo. Para éstos eran destinadas las dos cruces que dispusiera el lictor; las sentencias de estos dos ladrones eran las que había escrito en las tablillas de madera blanca, que no contenían la inícuca sentencia del Cristo Dios. Estos dos reos se llamaban el uno Dimas, y el otro Gestas. Aquel había recibido una promesa de la Virgen María, por haberla defendido treinta y tres años antes de los ataques del último, ataques que iban dirigidos también contra el entonces Niño Jesús, y contra el santo y virginal José. María agradecida prometió entonces á Dimas acordarse de él en la hora que más lo necesitara. Tal vez su mirada penetró en aquel momento los más recónditos secretos del porvenir, y es muy fácil que viera entonces que treinta y tres años después el Hijo de Dios se vería crucificado entre los dos ladrones de que nos ocupamos. La Virgen dolorida, que nada prometía en vano, iba á demostrar á Dimas el ladrón que no había olvidado la promesa que huyendo á Egipto le hiciera, pero este momento no había llegado.

Aquellos dos ladrones habían sido conducidos á morir algunos días antes, y se esperaba la vigilia del gran día de la Pascua para ejecutarlos. Este día terrible había llegado ya, y por eso les eligiera Pilatos, para crucificarlos á

la derecha y á la izquierda del Salvador; *para mofa de la régia Majestad*, como decía la inícuca sentencia.

Cornelio era el jefe de la fuerza encargada de custodiar hasta el Calvario, y de presenciar la sangrienta y cruelísima ejecución del Salvador. Nadie menos á propósito que él para esta clase de espectáculos; nadie como él que tuviera más repugnancia á las ejecuciones sangrientas, y por fin, nadie como él estaba más afectado por la injusticia llevada á cabo por su amigo el pretor, en contra del divino Inocente. Por eso Cornelio, aunque se hallaba en su puesto, veíase dominado por un mal humor poco común, y en su rostro varonil y franco, leíase el disgusto y la honda pena de su alma generosa. Obedecía las órdenes del pretorio, cumplía con su obligación, es verdad, pero á la legua se leía en su rostro expresivo, que obedecía con notable repugnancia.

Cuatro soldados fueron los que se encargaron de los ladrones, y otros cuatro del divino Redentor, porque en Roma los pretorianos y los legionarios acostumbraban á ser los ejecutores de las sentencias de muerte.

Las cruces fueron presentadas á los que iban á morir enclavados en ellas. Al verlas los ladrones se estremecieron, y la palidez que tenía sus rostros se hizo más intensa, más profunda, más característica. Parecía la palidez que invade el rostro de los que se hallan en el último período de la agonía. La faz de los ladrones se desencajó horriblemente ante la triste perspectiva del suplicio que les esperaba, y tomaron la cruz estremeciéndose profundamente, como si el helado soplo de la muerte les hubiera llegado de improviso al corazón. Dimas y Gestas parecían espectros horripilados y sacudidos por un temor indescriptible...

Jesús recibió el instrumento del suplicio, con una ternura, con un amor de todo punto indefinibles; abrazóse blandamente con la cruz; puso en ella sus labios con cariño, y dejó que la regaran dos lágrimas de ternura infinita...

— ¡Oh! — dijo con la voz conmovida por la dulcísima emoción que le dominaba; — regalada esposa de mi alma, ven á mis brazos! ¡Con qué cariño te estrecho sobre mi pecho: con qué amor te recibo entre mis brazos! Mi corazón hace treinta y tres años que te buscaba; mi corazón hace treinta y tres años que suspiraba por tí... ven, instrumento querido de amor, ven á mí, porque tú y yo labraremos la eterna felicidad del mundo!... Ven, yo no quiero separarme nunca mas de tí!... Tú vivirás para siempre sobre mi corazón, y mi corazón enamorado vivirá para siempre en tí; tú abrirás tus brazos para recibirme en ellos, y yo los abriré desde tí, para abrazar á todos los hombres.

Y Jesucristo puso otra vez los labios con ternura en el duro y tosco leño de la cruz, y le apretó blandamente sobre su corazón amante; y le volvió á besar, y le regó de nuevo con dulces lágrimas de inefable ternura. Aquellos extremos, incomprensibles para los verdugos del Señor, no pudieron menos que llamar la atención de los soldados de Roma, y en particular de Cornelio. Este sintióse enternecido, y apenas pudo contener dos lágrimas que asomaban á sus ojos: los pretorianos en presencia de aquel caso tan extraño para ellos, miráronse con asombro los unos á los otros, y se dijeron:

— ¡Es un loco!

Y se tornaron á mirar. Pasó un momento, en que todo se hallaba en silencio. Cornelio que deseaba terminar tan luego como fuera posible su cometido, dió la voz de mar-

cha, y los cuatro soldados encargados de ser los verdugos del Salvador, cargaron sobre los delicados y divinos hombros el enorme peso de aquel madero.

Al sentir sobre sus hombros aquel peso tan querido, Jesucristo cayó postrado de rodillas; extendió los brazos hacia el cielo, y con la faz risueña, y casi sonriendo de ternura, ofreció al Padre Eterno el sacrificio de su vida; y los tormentos que debían causarle la muerte, por la salvación de los hombres que amaba tanto.

El momento era solemne, y Jesús temblaba de inefable emoción. Cornelio dejóle terminar aquella especie de éxtasis de dolor, y luego dijo á los soldados:

— Que nadie se atreva á insultar ni á mofarse de las mujeres que nos sigan; que ninguno de vosotros tolere que el populacho de Jerusalem las insulte. Si la Madre del Nazareno quiere acompañar á su Hijo, respetad su dolor y hacedle respetar.

Dicho esto el cortejo se puso en marcha. ¡Triste cortejo!... Un piquete de soldados precedía á los que iban á morir; luego seguían los dos ladrones condenados á muerte, llevando sobre el pecho la sentencia y arrastrando la cruz, en donde debían ser enclavados. Después de ellos seguía el Salvador del mundo, fatigado, estenuado, sin fuerzas, arrastrando con gran dificultad el instrumento de su cruel martirio. El peso de la cruz oprimía su cuerpo desangrado y hecho una llaga... á duras penas podía arrastrarlo, y esto aun bamboleándose y andando á paso lento é inseguro: los brazos toscos del madero cargando sobre sus desollados hombros, abrían de nuevo las llagas, y tenían el suelo y las divinas vestiduras, de copiosa sangre...

Los cuatro verdugos encargados de cada uno de los que iban á morir, iban detrás de los sentenciados con una in-

diferencia aterradora: los cuatro que seguían á Jesús le golpeaban cruelmente, para obligarle á que precipitara el paso.

¡Ah! el Señor no podía!

CAPITULO II.

Camino del sacrificio.

Los malvados sacerdotes y todos los enemigos de Cristo esperaban en la plaza con febril ansiedad. El espectáculo que iban á presenciar era el colmo de todos sus deseos. ¡Cuántas veces los sacerdotes y los fariseos lo habían soñado y sentían despertar!... Solo un espíritu infernal sería capaz de describir el efecto que les produjo la presencia de Jesús, en el acto de salir del pretorio, precedido de un piquete de soldados, de dos ladrones, y llevando á cuestas el pesado madero, que había de ser á la vez el instrumento de su suplicio, y el de la redención humana.

Como se comprenderá muy bien, no pensaban en la redención vaticinada con todos sus detalles, aquellos hombres que se proclamaban maestros en las sagradas letras; solo pensaban en su tantas veces soñada venganza, aquellos viles juguetes de las pasiones mas asquerosas y degradantes. La muerte de Cristo que con su virtud inmaculada les sonrojaba, y que con su ciencia infusa llenábales de humillación, era el bello ideal de todas sus aspiraciones, de todos sus deseos, de todos sus afanes: parecían que si

Cristo no moría en un patíbulo, como si fuera un infame bandido, ellos no podrían gozar ni de paz, ni de felicidad en la tierra. Por eso cuando apareció á la puerta del pretorio la figura del Redentor, oprimida por el peso de la cruz, hubo una explosión satánica de universal regocijo, y los sacerdotes, y los doctores de la ley, y los ancianos del pueblo, revueltos con el mas asqueroso populacho, pusieron á gritar y á palmotear, como se grita y palmorea cuando aparece en público un objeto ardientemente deseado por la apasionada multitud.

Los soldados romanos fueron despejando la parte de la plaza, por donde había de desfilar el cortejo sangriento, y los hebreos malditos se agolparon hácia la primera fila, para ver de cerca al divino Sér, que había sido el objeto de todos sus odios, y que era entonces el objeto de todas las venganzas mas indignas y repugnantes.

Los dicterios mas infames aplicábanse á Cristo, los insultos mas groseros caían sobre él, y aquel pueblo antes tan morigerado, aquel pueblo que solía mirar con profunda lástima al que caminaba al suplicio, complacíase en aquel momento en atormentar á Jesús, ya con palabras malvadas, ya tirándole piedras, barro ú otras inmundicias, ya atreviéndose á penetrar por la fila de los pretorianos, y á herirle con una saña y una complacencia diabólicas y repugnantes.

Cornelio que bramaba de coraje y de indignación viendo tanta indignidad y vileza tanta, no pudo sufrir por mas tiempo las explosiones asquerosas de la plebe excitada, y dió orden á sus soldados, para que no permitieran atravesar las filas ni á los mismos príncipes de Judá.

Esta orden fue escrupulosamente cumplida, y desde aquel momento, si Jesús no se vió libre de los insultos que